

El sentido de la Alcazaba emiral de Mérida: su aljibe, mezquita y torre de señales

SANTIAGO FEIJOO MARTÍNEZ
sfeijoo@consorciomerida.org

MIGUEL ALBA CALZADO
miguelalba@consorciomerida.org

RESUMEN

Se presentan los resultados de la investigación sobre el aljibe y la Alcazaba de Mérida como parte de un gran complejo fortificado, posiblemente un *ribat*. Ambos forman un sistema donde, en primer lugar, el propio aljibe estaría compuesto por una torre de señales con su mezquita al interior. En segundo lugar, el gran recinto de la Alcazaba estaría preparado para la acampada de tropas que se abastecerían de la cisterna inagotable del aljibe, diseñada específicamente a tal efecto.

SUMMARY

In this article, we present the results of the investigation about the *Aljibe* (water cistern) and the *Alcazaba* of Mérida how part of one fortified complex, probably a *ribat*. Both structures form one system where the *Aljibe* would be composed by a tower of signs wich one mosque inside. Besides, the big enclosure of the *Alcazaba* would be prepared for the camp of the armies that would be supply to water of the tireless *Aljibe*, one construction prepared specially for this.

INTRODUCCIÓN

Desde 1998 a 2005 se han realizado sucesivas campañas de excavación en diferentes puntos de la Alcazaba para conocer los elementos que conformaban la fortaleza y la evolución diacrónica del interior y exterior del recinto. En estas páginas se van a presentar algunas conclusiones derivadas de los datos recabados en las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en el aljibe¹. En tan singular monumento los trabajos se han centrado en las excavaciones de tres zonas: sobre los corredores subterráneos de acceso a la cisterna, en toda la zona perimetral al vestíbulo y en el interior del aljibe, que se encontraba colmatado por limos. Así mismo, se efectuó la lectura de paramentos de lo que resta del edificio, todo lo cual aportó un caudal de datos novedosos que ha fundamentado una interpretación inédita del aljibe como parte de una construcción más compleja que, a su vez, dota de nuevo sentido a la Alcazaba emiral. A la espera de la descripción pormenorizada de los trabajos en la memoria de excavación, aquí vamos a presentar una síntesis de los resultados, procurando seguir una consecución de argumentos semejante a la que nos permitió avanzar en la investigación (de lo particular a lo general), aunque en aras a la comprensión del lector sea primordial recurrir a los razonamientos cruzados, apelar a menudo a la lógica y a seguir un orden de pruebas "reconstructivas" del edificio, desde el plano inferior conservado al plano superior hipotético (de lo concreto o existente, a lo que se ha perdido) que interrelacione el dato arqueológico con las fuentes históricas y con otros paralelos arquitectónicos.

Comencemos por hacer unos breves apuntes que sirvan de contextualización histórica a la Alcazaba, pero para centrarnos en las últimas aportaciones, liberare-

mos al texto del recorrido historiográfico que muestre las distintas visiones que los autores han dado del monumento, a la espera de recibir un tratamiento por extenso en la memoria. Para un estado de la cuestión remitimos a las publicaciones más relevantes de la Alcazaba (Macías 1929, 138-146; Serra y Rafols 1946 y Hernández 1979) y en especial al trabajo dedicado al aljibe del profesor Valdés (1995) donde se describe y mide el monumento. Prescindiremos aquí de las descripciones pormenorizadas sustituidas por las imágenes que acompañan al trabajo, tanto para presentar las partes existentes como las que se proponen para su reconstrucción ideal.

Tras realizar la lectura de los paramentos del aljibe, comenzaremos por confirmar la coetaneidad de la Alcazaba con su cisterna, para más seguridad avalada por las cerámicas halladas en la ancha y profunda fosa de fundación excavada entorno al vestíbulo, correspondientes a piezas características del menaje emiral tipificadas en el yacimiento emeritense (Alba y Feijoo 2001) en contraste formal y tecnológico con las cerámicas de época visigoda que ya han sido objeto de estudios locales (Alba y Feijoo 2003; y Alba 2003). Por otra parte, recordemos que se conocen tres inscripciones fundacionales que datan la obra de la Alcazaba en el siglo IX (Barceló 2004), una de ellas conservada en su emplazamiento original hasta el siglo XX sobre una de las puertas de la fortaleza, que hoy puede ser contemplada en la iglesia de Santa Clara, donde se alberga a la colección visigoda del Museo Nacional de Arte Romano.

MÉRIDA (S. IX) EN LOS TEXTOS

La Alcazaba de Mérida (fig. 1) se considera un elemento determinante para hacer efectivo el poder emiral sobre la ciudad y se ha visto cargada con un

1 El proyecto de la Alcazaba fue hecho público en 1999 durante las V Jornadas de Difusión del Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida. Los resultados de la investigación del aljibe han sido presentados en foros específicos de arqueología medieval: en Cáceres, 2002, (seminario "Extremadura andalusí: últimos avances arqueológicos"), Granada, 2004, (Congreso "La ciudad en el occidente islámico medieval: la medina andalusí"), Mértola, 2005, (seminario "Al-Andalus Espaço de Mudança") y Silves, 2005, (congreso "La medina en formación"), para ser debatido por la comunidad científica. Tras varios años cerrado el aljibe al público, en 2005 el Consorcio de la Ciudad Monumental ha acometido las obras de puesta en valor de esta pieza clave de la fortaleza. Ha sido recuperada la planta de la mezquita (después iglesia), la cisterna ha vuelto a ser visitable tras la consolidación de los corredores y se ha dispuesto la cartelería donde se ofrece la interpretación de todo este conjunto.



FIGURA 1

Localización del aljibe dentro de la Alcazaba.

fuerte simbolismo frente a la población (Valdés 1986, 561-565; 1998, 162; Garrido 1989, 207; Alba 2001, 285-6; Cressier 2001, 316). Ciertamente estas funciones son innegables, pero merecen una matización pues intentaremos demostrar en este trabajo que la Alcazaba no fue una fortaleza convencional para residencia del qadí y acantonamiento de una guarnición preventiva, sino algo más complejo que procuraremos desentrañar, profundizando en los mecanismos que se diseñaron para conseguir este control e intentando comprender el proyecto original de la estructura, así como parte de su evolución.

Las circunstancias que precedieron a su construcción vienen reflejadas en las fuentes escritas y en las propias inscripciones fundacionales. Durante el primer tercio del siglo noveno Mérida constituye uno de los mayores focos de rebeldía de la Península y de tenaz

resistencia al dominio emiral. Las potentes murallas romanas de la ciudad con su refuerzo de época visigoda (Alba 1998, 374 y 2004, 228) y su situación estratégica provocaban que, una vez tomado el control de la urbe por los insurrectos, fuera necesario un asedio en toda regla para su conquista, con la infraestructura y coste que eso conlleva: movilización y mantenimiento de las tropas, establecimiento de campamentos rodeando la plaza, avituallamiento en territorio enemigo, etc. Levantamientos que de no ser sofocados con rapidez corrían el riesgo de, en un efecto eco, ser secundados por otras ciudades importantes como Toledo o Zaragoza.

Creemos necesario, para contextualizar los precedentes, hacer un corto repaso de las campañas que se suceden en este momento contra Mérida. Aunque a veces los autores ofrecen fechas confusas y datos



FIGURA 2

Aspecto del monumento hasta el año 2004.

variables, en las narraciones de Ibn al-Atir, Ibn Idari, Ibn Jaldum, al-Nuwairi o Ibn Hayyan, su precisión cronológica no es tan relevante como el hecho reiterado de la consecución de las revueltas, aunque seguiremos principalmente a este último que es el que más datos aporta acerca de este periodo, completándolo cuando sea necesario.

Comienzan las hostilidades en el 805 cuando al-Hakam I salió de expedición y asedió Mérida en la que se había sublevado Asbag ben Abdallah, sitiándola y devastando sus sembrados. Tras una breve rendición ese mismo año vuelve a sublevarse; siendo cercada de nuevo en el 806 y, de nuevo, aceptado el *aman*. Pocos años después, en el 809 el emir dirige una aceifa en persona, en respuesta a la insubordinación de la ciudad, haciendo al-Hakam I campañas en Mérida hasta cumplirse siete años², es decir, hasta el 815 (Al-Muktabis II-1, 45-48).

Abd al-Rahman II fue el que en más ocasiones se enfrentó al problema, pues ya desde bien temprano, cuando aún no era emir, tuvo que hacer campaña contra Mérida en el año 816, enviado por su padre a reprimir la sublevación que había estallado en la ciudad, en la que habían asesinado al gobernador. Según nos narra Ibn Hayyan "el príncipe comenzó a sitiarnos y apremiarlos" (al-Muktabis II-1, 55). Siguiendo con las campañas, en el 828 mataron al nuevo gobernador y

en respuesta Abd al-Rahman II destruyó la muralla, siendo reconstruida posteriormente por los rebeldes, lo que propició un nuevo ataque en el 829 (según Ibn Jaldum en Pérez Álvarez 1992, 199). En el 830 "el emir salió con tropas y pertrechos con la intención de asediar la ciudad de forma duradera y acampó frente a la ciudad"... En el 832 "hizo una incursión personalmente contra la ciudad de Mérida en el mes de rabi, acampando ante ella y asediándola estrechamente, y que luego regresó, dejando encargados del asedio, por turnos, a Muhammad b. Rustum y a Abdalwab?". En el 833 "el emir acudió con su ejército y pertrechos, los rodeó y cercó estrechamente, devastó sus cereales y destruyó sus recursos, pero desistió de combatirlos por la inexpugnabilidad de su fortaleza". Para finalizar, en el 835 vuelve a salir contra Mérida, "rodeándola y asediándola..." (al-Muktabis II-1, 287-290), año en el que se construye la Alcazaba y se zanja los alzamientos. Durante esta fase convulsa los emeritenses (la mayoría muladíes) y los beréberes afincados en la zona, están significativamente de acuerdo en secundar las revueltas. A partir de misivas y de otras noticias sabemos que éstas son alentadas desde el reino Astur y desde el imperio franco (Flórez 1782, 254), animando la resistencia junto con la promesa de una ayuda militar que nunca llegará a producirse, e invitaciones a los insurrectos de asilo en tierras cristianas. Documentamos así por lo menos quince campañas en treinta años, aunque divididas fundamentalmente en tres periodos -del 805 al 812, a comienzos de los años veinte y del 828 al 835- donde tienen lugar prácticamente sin interrupción. Con estos acontecimientos, la efectividad de la Alcazaba queda fuera de duda, pues tras su construcción permaneció "pacificada" la ciudad bajo control emiral durante más de seis lustros.

La reiteración de los conflictos que precedieron a la "definitiva reconquista" de Mérida en el 835 explica la contundencia de la solución adoptada para garantizar el control. Las insurrecciones habían supuesto un gran esfuerzo bélico por lo constante y repetitivo, lo que debió dejar patente la necesidad que tenía el emirato de hallar una solución tajante, en consonancia al problema planteado. A la vista de estos datos hay que considerar a Mérida, no solo como una ciudad



2 En contradicción con lo que dice Ibn Hayyan previamente, en donde los siete años son a partir del 805 (Muktabis II-1, 46).

rebelde, sino como un auténtico territorio de frontera³. Un enclave de gran importancia estratégica para el control del oeste y noroeste peninsular pero que, al mismo tiempo, es una ciudad altamente insegura sobre la que es necesario afirmar su posesión y conquistarla una y otra vez al ser, dentro del esquema geopolítico del emirato, la capital de la Marca Inferior.

Estos datos son fundamentales para interpretar la Alcazaba, puesto que desde finales del siglo VIII la solución que se comenzó a dar para los territorios y ciudades inestables o amenazadas por el enemigo siguió un modelo bastante determinado: Los *ribats*, monasterios de combatientes que podían adoptar la forma de amplios recintos fortificados destinados a albergar en tiempos de guerra o de paz a grandes contingentes de guerreros (Pavón 1999, 120; Marín 2004, 191).

¿Fue la Alcazaba un *ribat*? Tales edificios responden a un esquema que compagina la efectividad bélica con las necesidades derivadas del ejercicio religioso. Es innegable que la fortaleza emeritense se creó para albergar un número alto de tropas, y si nos atenemos

a los precedentes, las guarniciones sucesivamente acantonadas en Mérida resultaron ineficaces a la hora de dominar la ciudad. Éstas, debemos suponer sin arriesgar mucho, se debieron reforzar con cada nuevo alzamiento y aún así las revueltas se siguieron produciendo. Por ello estaría justificada una medida especial, como es la que defendemos, que la Alcazaba se habría diseñado como un *ribat*-campamento para asegurar tanto el acantonamiento estable de combatientes fieles al emirato como, en extremo, su pronto refuerzo por los ejércitos cordobeses.

En el caso de la Alcazaba de Mérida, además de la planta del recinto, el dato clave para interpretar el conjunto nos lo va a proporcionar el aljibe, pues su especial configuración sigue unos modelos con paralelos contrastables, si bien el estado de conservación del monumento ha dificultado su identificación debido a la pérdida de importantes elementos de su parte alta que han desfigurado su morfología (fig. 2). No obstante, conserva en perfecto estado la planta baja con indicios de elementos que permitirán interpretarlo como una parte de una construcción más compleja de la que vamos a ocuparnos en los siguientes apartados.

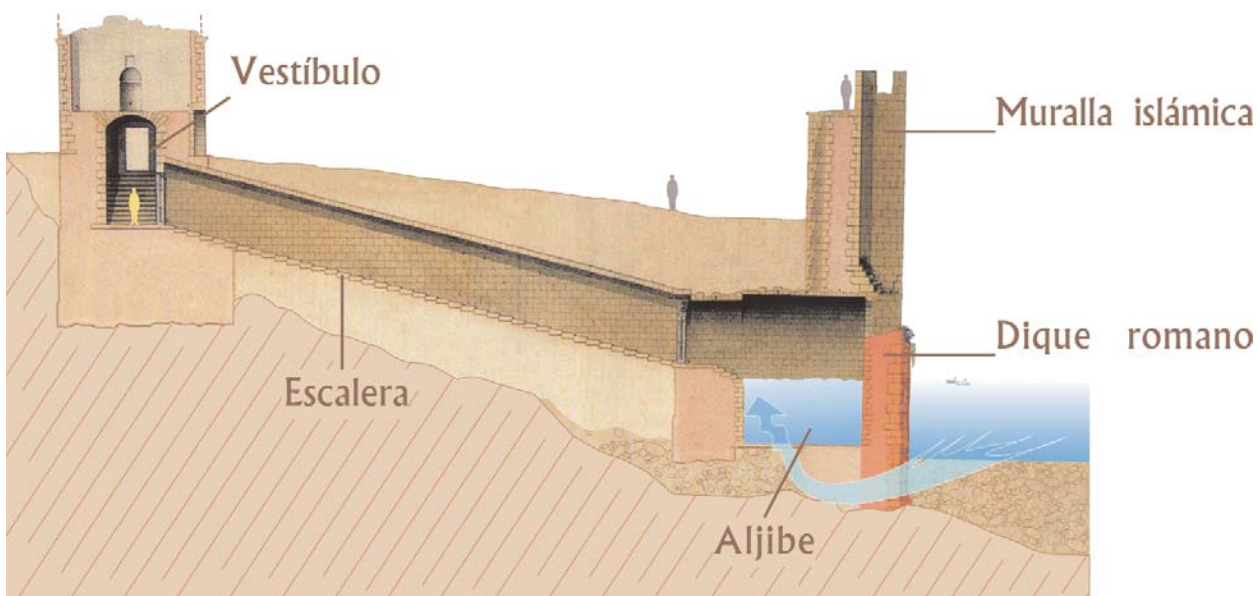


FIGURA 3

Sección del aljibe (Dibujo de Joaquín Suárez sobre grabado de Villena Mozziño)⁴.

3 Como señala ya en el siglo IX Abi Yaquub (Pérez 1992, 22; Alba 2001, 286).

4 Figuras 3, 18, 23 y 24: dibujos de Joaquín Suárez a partir de indicaciones nuestras.

EL ALJIBE Y LA ALCAZABA

Para una descripción pormenorizada de la Alcazaba y de la parte conservada del aljibe remitimos a los trabajos del profesor Valdés reseñados en el apartado de bibliografía. Con respecto al aljibe, en rigor un gran pozo, se puede apreciar en los planos que acompañan a nuestro trabajo que, básicamente, está formado por una primera dependencia abovedada o vestíbulo (fig. 3) con dos accesos en línea, desde la que parte una doble galería adintelada, con escalones bajos y amplios, hasta alcanzar una cisterna abovedada que se adosa al dique romano, desde donde se filtraba el agua del Guadiana. Gracias a la excavación que ha permitido retirar los limos que colmataban el vaso restándole capacidad (fig. 4), hoy sabemos que se abastece mediante dos entradas constantes y abundantes de agua, una bajo el dique romano (y por una brecha abierta en su paramento) y la otra mana por el muro enfrente de éste (fig. 5). La primera entrada es la que aporta mayor caudal procedente de la capa freática del río, filtrada gracias a las arenas y gravas, mientras que la segunda tiene su origen en manantiales originados en el subsuelo urbano. El vaso tiene una capacidad de setenta metros cúbicos, pero lo más sorprendente es la celeridad en restablecer su nivel. Cada día, para proseguir la excavación del aljibe, antes había que vaciarlo con ayuda de una bomba. En poco más de tres horas volvía a estar completamente lleno. Esta rápida recuperación y la gran capacidad del vaso apuntan a asegurar un abastecimiento de un ejército



FIGURA 4
Excavación de la cisterna.

numeroso y en poco tiempo ¿cómo? La tipología de la cisterna con el acceso en doble corredor ha permitido defender el empleo de acémilas para realizar la aguada.

Los corredores que conducen a la cisterna son dos y en paralelo, lo que permite establecer un circuito de entrada y salida (fig. 6), mediante sendas escaleras de cantería con somera pendiente de 16 grados y escasa altura en los peldaños de amplia huella, apropiadas para ser accesibles a las caballerías, como ya advirtiesen Gaspar Barreiros en el siglo XVI (1952, 961) y Bernabé Moreno de Vargas en el siglo XVII (1987, 354). Los dos corredores confluyen en un descansillo al que, sin embargo, se accede por un peldaño más alto adecuado al tránsito humano y un pavimento igualmente de cantería con un reborde alzado en la parte que delimita con la cisterna. Estos datos se explican como freno a la caballería al "romper" el ritmo de bajada, que reaccionaría deteniéndose, y para evitar que entrase suciedad, heces u orín en el vaso de la cisterna. A partir de este punto se restablece una escalinata de bloques habilitados al paso humano (peldaños más altos y estrechos) que se adentra en el depósito de la cisterna, de modo que quien realizase la aguada debía descender algunos escalones hasta llegar al nivel fluctuante del agua (fig. 7).

El ambiente de la cisterna era oscuro, como medida elemental para la conservación potable del agua (Feijoo 2004, 176) aunque es muy posible que las



FIGURA 5
Una de las entradas del manantial.

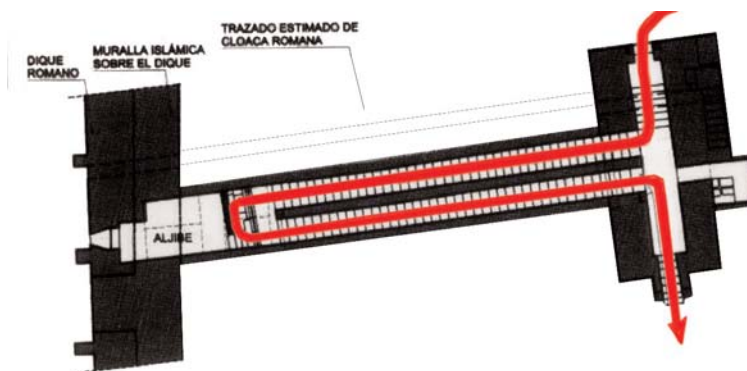


FIGURA 6

Circuito de abastecimiento rápido. Propuesta de dirección de uso.

caballerías entrasen con los ojos tapados, para conducir las sin resistencia. En cambio, la soldadesca ocupada en los menesteres de la aguada se ayudaría de la luz natural que entraba por la galería superior, difuminándose progresivamente en penumbra, gracias a dos ventanales abiertos en este vestíbulo (figs. 8 y 21), dispuestos afrontados a los corredores (ateniéndonos a un circuito, uno era de bajada y el otro de subida), que consiguen perfilar el límite de cada escalón hasta casi alcanzar el fondo del aljibe. Volveremos más adelante a referirnos a estos ventanales al describir la parte exterior del edificio.

Toda la construcción es de sillares romanos lo que contribuyó a considerar una parte o el todo como



FIGURA 7

Zona de acopio: (a) escalones-rampa; (b) escalón tope; (c) espacio para cargar las caballerías; (d) reborde de contención de excrementos y orines de las acémilas; (e) escalones de acceso al agua.

obra antigua, favorecida por el hecho de que la bóveda de la cisterna sustenta la pared de la fortaleza en este punto (fig. 9). Otras piezas reutilizadas son las

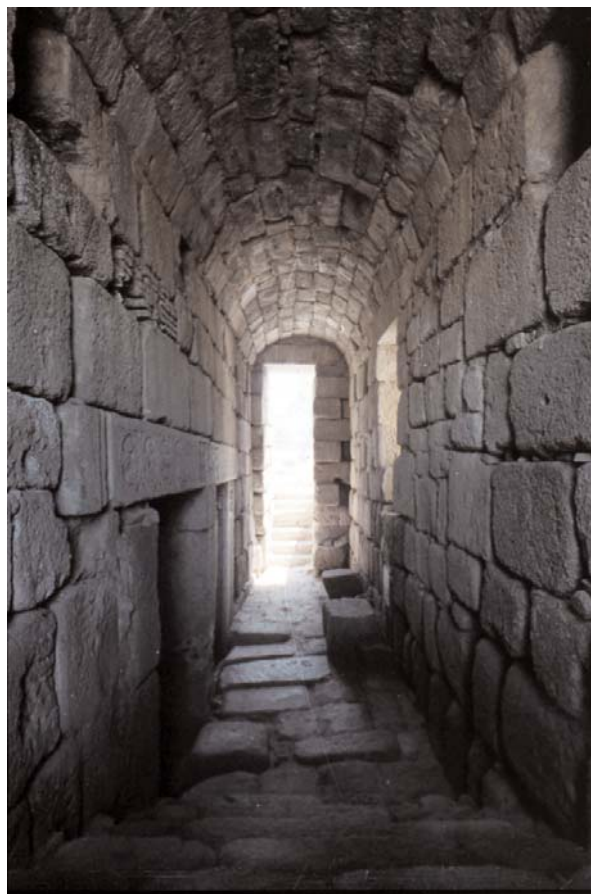


FIGURA 8

"Vestíbulo" de acceso a la cisterna con entrada original de luz por las puertas y por dos ventanales (a la derecha; una de ellas se encuentra tapiada).

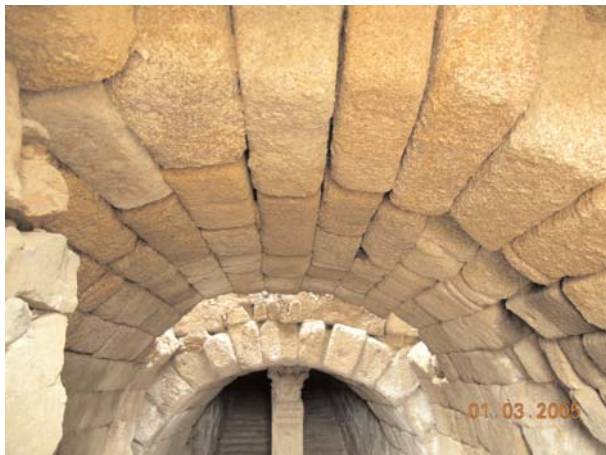


FIGURA 9

Bóveda del aljibe, se aprecia la perfección del adovelamiento reutilizando y retallando sillares romanos.



FIGURA 10

Uno de los corredores y su cubierta adintelada.

que sirven de ménsulas (fig. 10) y de dintel a los corredores, en origen jambas, dinteles y umbrales de puertas romanas (fig. 11), a excepción de un sarcófago marmóreo recostado y un bloque del mismo material con cinco oquedades.

Este monumento tan singular tradicionalmente se consideraba como un todo, un aljibe de gran monumentalidad, sin embargo, debemos considerarlo como parte de una construcción de mayor entidad de la que restan diversos indicios arqueológicos. Pasemos al exterior de lo que venimos denominando "vestíbulo" y analicemos éstos y otros testimonios:



FIGURA 11

Cubierta de los corredores vista desde arriba (y arco de descarga).

El primero de ellos es la parte alta de la construcción -que hasta tiempos recientes estaba convertido en una terraza- situado sobre el denominado "vestíbulo" de entrada que da paso a los dos corredores que bajan a la cisterna. Este primer cuerpo superior sirvió como pequeña mezquita u oratorio, hecho que había pasado inadvertido a la investigación arqueológica realizada en el siglo XX. Existen varios argumentos para plantear su existencia:

En primer lugar es evidente que hubo otra estancia útil sobre el "vestíbulo" ya que existe una escalera, cuyo arranque original se ha documentado en la excavación, que aún hoy le da acceso a la parte alta y aunque ha sido reformada en varias ocasiones mantiene el mismo emplazamiento. La escalera discurre junto al muro oriental del aljibe, arrancando desde la fachada sur (fig. 12) subiendo hasta llegar a la norte, con escasa cimentación y trabada al muro. Ello explica por qué la fachada norte es bastante más ancha que la sur (al recibir la escalera) y, por tanto, que la puerta de acceso a las galerías de bajada quede descentrada.

En segundo lugar, con relación a aspectos constructivos, también apunta hacia la existencia de uno o más cuerpos superiores el extremado grosor de los muros laterales (2,20 m), excesivo para que su función fuera solamente la de recibir la bóveda que cubre el vestíbulo. La cimentación busca el firme rocoso, lo que supuso para los constructores profun-



FIGURA 12
Escalera-rampa exterior.

dizar en el subsuelo varios metros. Por la misma razón, es desproporcionado el gran arco de descarga de la fachada oeste, sobre la cubierta adintelada de las galerías de acceso a la cisterna, que no se explica sino es para liberarlas de una gran carga (figs. 11 y 13). Este tipo de arcos se hace para trasladar hacia los lados el peso situado siempre por encima de él y, como la clave está justo en la terraza actual, es una prueba de la existencia de pisos superiores.

En tercer lugar, se han publicado una serie de grabados de finales del siglo XVIII (Arbaiza y Heras 1998, 355; Canto 2001, 36) -realizados cuando el primer cuerpo aún se encontraba en pie (fig. 14)- que representan con fidelidad la planta y alzado de una iglesia aquí emplazada que ya acusaba un estado de abandono. Uno de los ilustradores, Villena Moziño, hace mención expresa que se trata de una mezquita y así lo anota en el texto y sobre el dibujo. Se trataría de una



FIGURA 13
Arco de descarga.

iglesia medieval que con anterioridad había sido mezquita ¿pero, qué pruebas hay al respecto?

En nuestros días, de la mezquita e iglesia transformada en "terracea" en fechas inconcretas del siglo XIX, queda el negativo de su traza en la planta baja que sirve de vestíbulo al aljibe. Las versiones coincidentes de la planimetría de los ilustrados explican por qué la entrada meridional del aljibe sobresale intencionadamente del paramento, pues estaría conformando al exterior la cabecera, sosteniendo el nicho del *mibrab* contrastando con la puerta septentrional que se construye, como es normal, a ras del muro.

En el interior, el *mibrab* (después ábside) tiene planta de herradura (figs. 14 y 15) de pequeñas dimensiones,

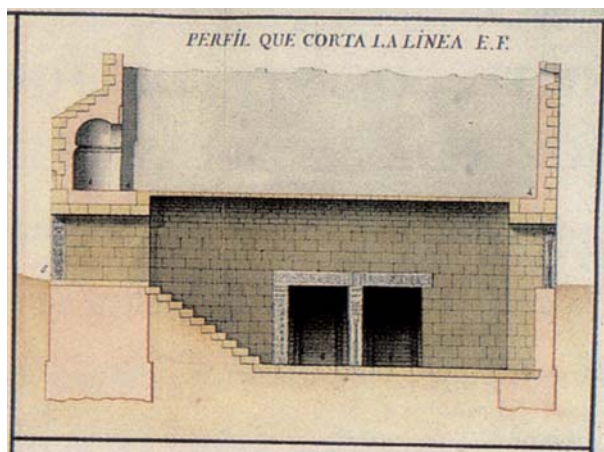


FIGURA 14
Sección de Villena Moziño en 1794 (Lam. 15 en Canto, 2001: 36) con la primera planta (desmontada en el s. XIX).

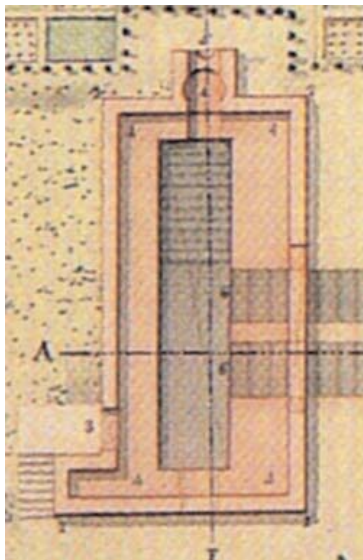


FIGURA 15

Planta de la mezquita, después iglesia, de Villena Mozjño (1794).

coronado por una bóveda de cascarón que pudo adoptar la forma de una concha, motivo frecuente en los espacios culturales islámicos. Este hecho es coherente con que al exterior, en la fachada de la cabecera, existiese una venera reutilizada sobre la que nos ocuparemos más adelante. La iglesia se representa en los grabados con la techumbre perdida y un tipo de aparejo de mampostería, lo que apunta a una rehabilitación del espacio en buena parte desmantelado en alzado, salvo la cabecera, íntegra de sillares que traban con la fábrica de bloques que conforman el vestíbulo del aljibe en la planta inferior. En conclusión, la cabecera y la planta del oratorio serían obra original islámica, reconvertida en iglesia ampliando el espacio del aula, dotándolo de ventanas y de una nueva escalera de acceso.

En cuarto lugar, poseemos varias referencias textuales, medievales y modernas, sobre la existencia de una iglesia en este punto, apareciendo documentada por los visitantes de la Orden de Santiago en 1498: "*debaxo de esta dicha yglesia esta una puerta por do entran por un cañuto de bóveda a un aljibe y se desçiende por dos escaleras de cantería...*" (Garrido 1989, 219), texto que completa el historiador local del siglo XVII Moreno de Vargas, apuntando: "*y las bóvedas tan fuertes (...) y sobre ellas está fabricada una iglesia que lo fue de los godos y más adelante mezquita de moros, y cuando se ganó por los cristia-*

nos se bendijo y celebró misa en ella, y es la primera y más antigua iglesia que la Orden de Santiago tiene en esta provincia" (1985, 355). Ambos son claros a la hora de ubicar el templo sobre la bóveda del "vestíbulo" y, aunque Moreno de Vargas se equivocó al tomar el edificio como visigodo, ya identifica que fue una mezquita islámica. Es muy interesante también el pormenor que hace sobre que se trata de la primera iglesia de "reconquista" en la comarca, y alude expresamente a la cristianización de una mezquita tras la conquista leonesa con la advocación a Santa María (siguiendo la pauta habitual), denominada en lo sucesivo "del castillo". Moreno de Vargas debió manejar documentación inédita pues es muy contundente al respecto y en verdad es difícil encontrar una justificación para que se ubique una iglesia en este espacio si no es por la existencia de una mezquita anterior.

En quinto lugar, la documentación arqueológica certificó el arranque de una escalera exterior con cinco peldaños originales y, lo que resulta no menos revelador, se documentaron un conjunto de tumbas antropomorfas y en fosa simple que orlaban el vestíbulo (fig. 16). En las excavaciones que se realizaron en 1999 (Feijoo 2001, 199-200) se han registrado rodeando a este edificio de entrada al aljibe una veintena de sepulturas cristianas que abarcan desde el siglo XIII hasta el XVI, ratificando la cronología dada por Moreno de Vargas para la conversión del oratorio musulmán en iglesia y también del emplazamiento del templo hoy perdido ya que es seguro que nunca estuvo dentro de la estructura destinada a ser aljibe ni, como tradicionalmente se venía defendiendo, sobre la zona que ocupa la doble galería de acceso.

En sexto lugar, es interesante destacar cómo esta construcción no posee una misma dirección en planta que las murallas de la Alcazaba, ligeramente sesgada respecto a aquellas (fig. 17). Esta "desorientación" es premeditada pues se extiende al conjunto de la galería y la cisterna. Mientras que la fortaleza presenta sus vértices coincidentes con los puntos cardinales, la construcción que nos ocupa tiende como foco direccional hacia el sur, quedando la cabecera de la mezquita hacia el sureste buscando el referente geográfico-religioso de la Meca, asimismo coincidente

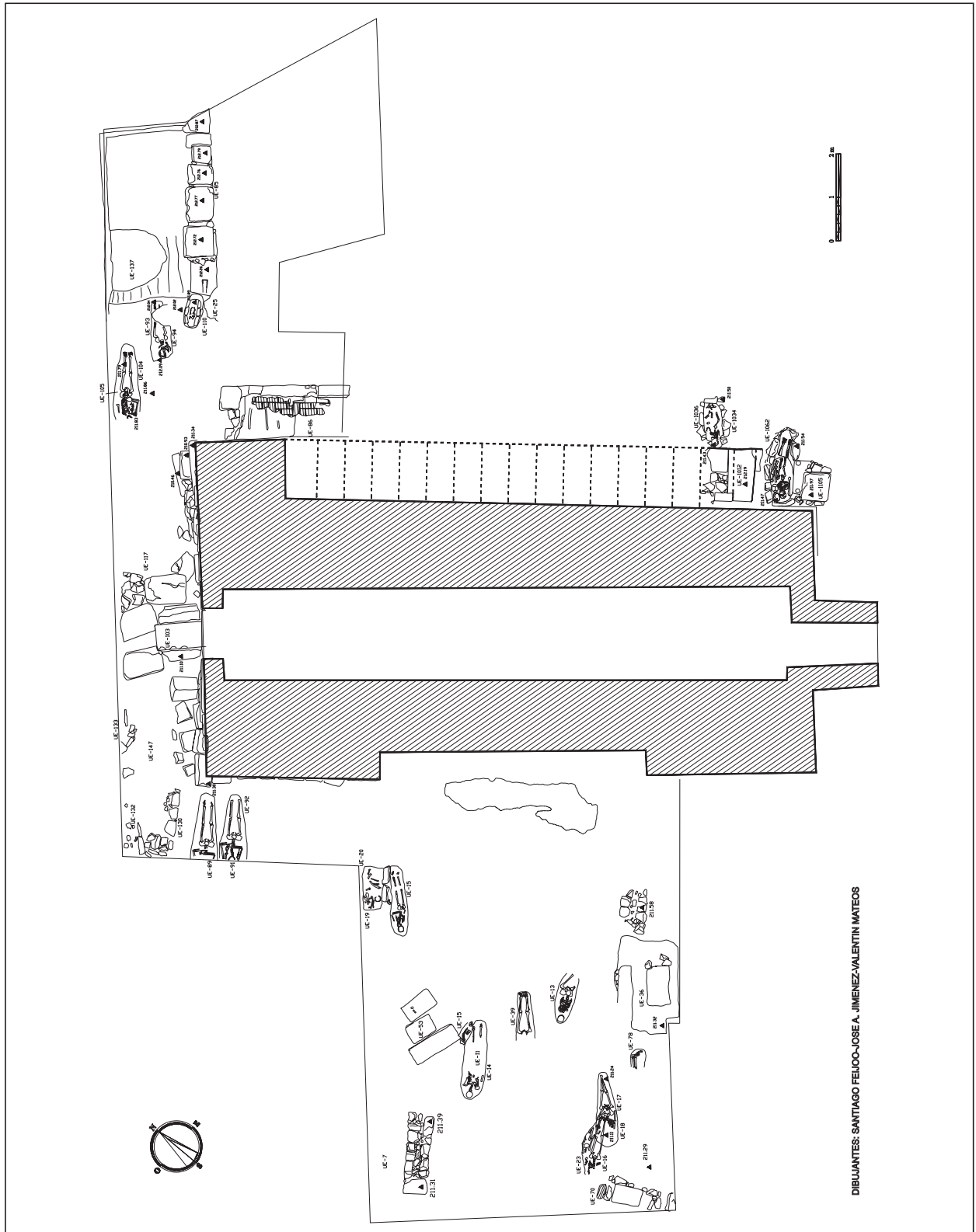


FIGURA 16
Planta del cementerio medieval en torno a la iglesia de Sta María del Castillo (s. XIII).

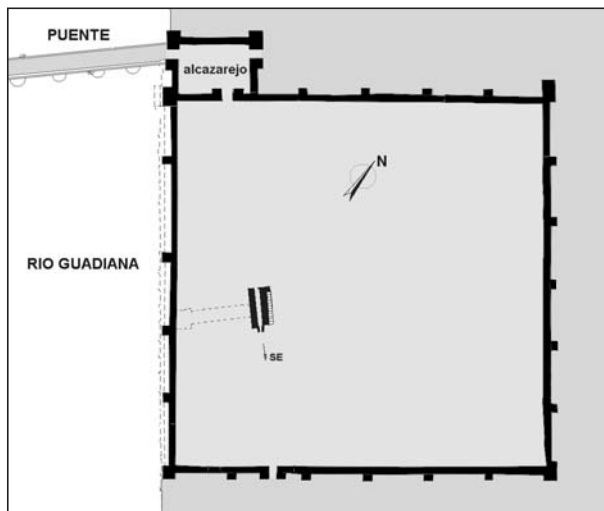


FIGURA 17

Diferente orientación del conjunto del aljibe respecto a la Alcazaba.

con la dirección de Córdoba. De forma que su orientación anómala respecto al conjunto no sería tal, sino determinada por los preceptos religiosos de la época. Este dato indujo a los autores a sospechar que las obras del aljibe y la alcazaba no eran coetáneas (a favor de un origen romano, visigodo o mixto de la cisterna), sin embargo, este emplazamiento en oblicuo es el que permite adoptar a la cabecera del oratorio la dirección sureste. Ello da idea de la unidad del proyecto (fortaleza-aljibe) y permite sospechar una reproducción de modelos constructivos para explicar un oratorio emplazado en un piso alto.

La altura que suman estos dos cuerpos -la mezquita superpuesta al "vestíbulo" es de nueve metros, comenzándose a parecer la estructura en gran medida a una torre (fig. 18). Esta posibilidad se va convirtiendo en certeza si tenemos en cuenta toda otra serie de argumentos que vamos a ir desgranando a continuación, como la sólida construcción mediante sillares, el gran grosor de los muros (de unos 2 m), la extremada profundidad de los cimientos o el acceso a través del primer piso, lo que da pie a sospechar que debieron existir otras estancias superiores. Esta misma conclusión es la que se deduce de las proporciones del mencionado arco de descarga de la fachada oeste que libera de peso al doble corredor subterráneo que conduce a la cisterna. Llegados a este punto es lícito preguntarse si existen torres con estas

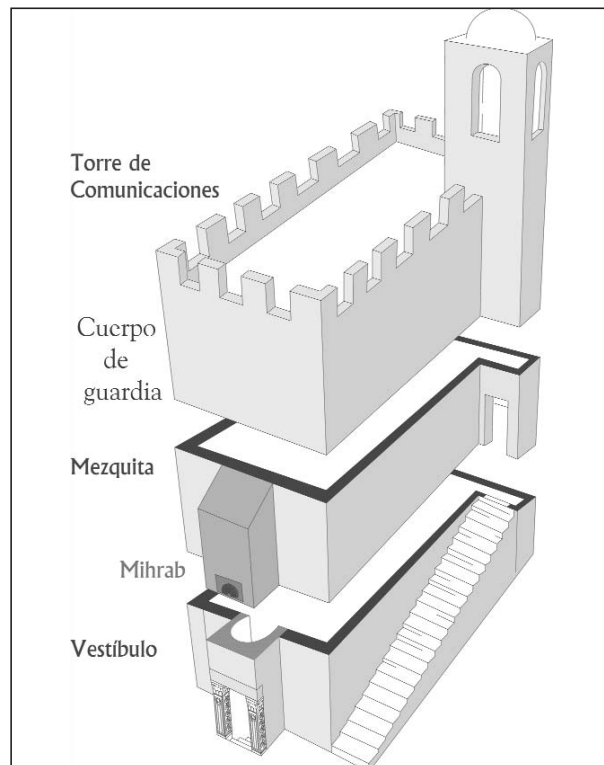


FIGURA 18

Reconstrucción ideal de la torre (es posible que tuviese aún mayor altura).

características que reúnan aljibe y oratorio. La respuesta es afirmativa, pues responden a una tipología bastante precisa de torre de comunicaciones, cuyo paralelo más cercano lo encontramos en la almenara de Halaf en la alcazaba de Susa (fig. 19). Son torres que toman como modelo los faros romanos y especialmente el faro de Alejandría (Pavón 1999, 293), curiosamente citado en una fuente árabe en relación a Mérida, como veremos a continuación. Tales torres responden generalmente a un esquema compositivo similar: con un piso bajo - donde con frecuencia se sitúa un aljibe-, un oratorio al interior y una rampa de subida a su coronación formada por una linterna de menor tamaño para realizar señales.

Puesto que la fortaleza es levantada para someter a la población de Mérida, es normal dotarla de una torre vigía para control visual del casco urbano que compensaría el emplazamiento de la Alcazaba en un punto bajo del solar urbano, como es la zona aledaña al río. Para elegir el lugar en que construir la fortaleza,

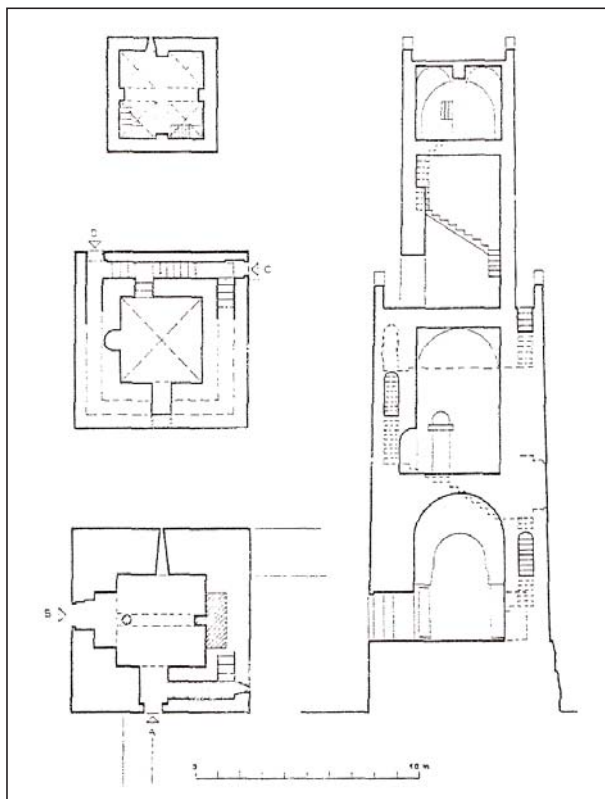


FIGURA 19

Almenara de la Alcazaba de Susa según Lezine.

se sopesaría el interés primordial de controlar el puente (paso de la principal vía de acceso hacia el oeste) antes que optar por unas condiciones topográficas más favorables para la defensa (como hubiesen sido los cerros de San Albín, o del Calvario, por ejemplo). Para contrarrestar la desventaja topográfica se precisa de una torre que garantice la visibilidad, pero también con una función polivalente para servir como último refugio defensivo, como alminar para la guarnición y, sobre todo, como torre de señales desde donde mediante humaredas, fuego o (y) reflejos se pudiera dar la alarma. En este sentido, hay que aludir a una leyenda referida por Al-Idrisi sobre construcciones llamativas de Mérida pertenecientes al pasado, por si hubiera alguna relación directa o indirecta con la función última apuntada. Cuenta este autor del siglo XII que: "La villa de Mérida fue la residencia de Marida, hija del rey Horosus. (...) Tiene en su alcazaba palacios arruinados (...). Al sur de la muralla de esta ciudad hay otro palacio pequeño y en su torre está el lugar donde había un espejo en el que la reina Marida contemplaba su rostro. Tenía



FIGURA 20

Peldaños originales y cimentación del arranque de la escalera.

veinte palmos de circunferencia y giraba sobre su eje en sentido vertical. El lugar donde se encontraba, existe aún. Se dice que Marida hizo construir este espejo a imitación del que Alejandro hizo colocar en el *faro de Alejandría*." La reina Marida nunca existió ni es justificación la coquetería femenina para explicar el tamaño de semejante espejo giratorio emplazado en una torre, por ello, tras la leyenda cabe reconocer un sistema de señales.

La prueba más convincente de que se concibió como torre de comunicaciones es la traza de la escalera de subida (fig. 20), a la que nos hemos referido con anterioridad y cuyos peldaños originales hemos documentado en la campaña de excavaciones de 2002. Ésta responde a una tipología peculiar con escalones de cantería muy bajos (15 cm) y excesivamente anchos (45 cm), diseñados a modo de suave rampa para el uso de caballerías, con igual plano de inclinación que los corredores de acceso al aljibe. Por consiguiente, sirven los mismos razonamientos que para explicar la morfología de las escaleras interiores, aquí nuevamente justificada para ser accesible a los asnos. ¿Pero para qué se necesita subir a un piso alto con acémilas? Obviamente en nada tiene que ver con la mezquita, sino con otros usos que obligan a admitir otros pisos superpuestos a ésta, ¿pero cuáles y para qué? En este caso estarían destinados, como dice Pavón respecto a este tipo de edificios, para que las caballerías pudieran acarrear la leña al cuerpo superior de señales (1999, 293). Así se explica la planta del edificio conservado, muy largo en comparación con



FIGURA 21

Ventanas del "vestíbulo" al exterior y sobre éstas (previsiblemente) un tramo desmontable de escalera.



FIGURA 22

Las diferencias en la cimentación delatan una función estructural diferente.

su anchura, pues estaría condicionado por la necesidad de que la escalera de subida tuviera un gran desarrollo longitudinal al ser los escalones más bajos y más anchos de lo habitual y, por tanto, es necesaria bastante más distancia para alcanzar la misma altura que con una normal. Este cuerpo principal de gran tamaño, para recibir la rampa o la escalera con escasa pendiente aparece en las torres de señales, entre las que podemos citar la de Halaf en Susa, la torre del Oro en Sevilla, la de la Vela en la Alhambra de Granada, la de la Alcazaba de Guadix, etc.

Se entiende así el grosor de los muros del "vestíbulo", ya que responden a un punto fortificado; además de servir para sustentar los pisos superiores y para acoger el resto de la escalera de subida hasta la coronación, que a partir del oratorio discurriría ya por dentro de la estructura. Esto último también responde a la tipología habitual de las torres, donde es frecuente que se acceda a ellas por el primer piso y no desde la planta baja, lo cual permite unas ventajas defensivas por todos conocidas. Como señala Pavón (1996, 192), estas torres están preparadas para ser autosuficientes en caso de revolución o de sitio, estando en el caso de Mérida más que justificado su diseño con los precedentes a los que tenía que enfrentarse. Con esta finalidad, a la torre se accedía por una entrada en recodo a la altura de la primera planta (el quicio de la puerta se documentó en las labores de adecuación y ha quedado visible al público), de modo que facilita-

ba la defensa de la entrada desde la que se accedería a un corredor separado del oratorio, con puerta independiente, con lo que las acémilas hacían un recorrido por fuera del espacio cultural. También era decisivo para la defensa de la torre la posibilidad de cortar el acceso de la escalera. Si recordamos la descripción interior del vestíbulo, aludimos a la existencia de dos ventanales para iluminación. Pues bien, la existencia de tales vanos obliga a interrumpir la fábrica del cuerpo exterior de escalera, de forma que entre los ventanales se encuentra un pilar que sostendría un tramo de escalera de madera desmontable en caso de peligro, para aislar la puerta alta de la torre gracias al doble hueco resultante (fig. 21).

Entre el piso destinado a oratorio y la terraza debieron existir de una a dos plantas más, previsiblemente para alojar a un cuerpo de guardia, pertrechos, armas, bastimentos, leñera, etc (fig. 18). En su coronación, además de linterna de comunicaciones entroncando con el oratorio situado al interior, es probable que también tuviera la función de alminar, como los minaretes de las mezquitas de Qairawan, de Córdoba, el de la inconclusa de Hassan en Rabat, etc, pues sería el lugar lógico para llamar a oración. La situación de esta torre, en la fachada contraria al *mibrab* y en la esquina norte, viene siendo la localización predominante de los alminares en las mezquitas que conocemos, lo que apuntala su posible concepción como tal. A diferencia del cuerpo de escalera que apenas precisa

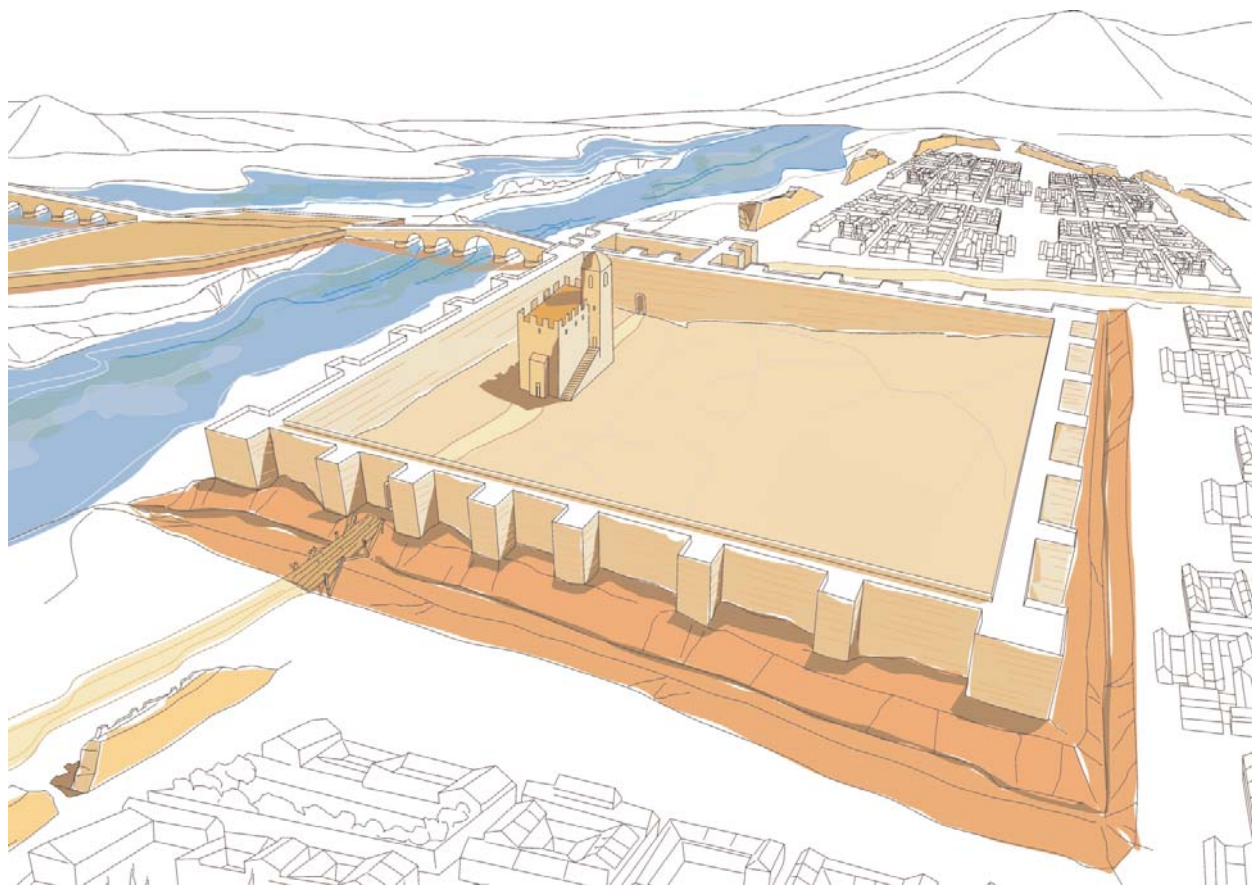


FIGURA 23
Reconstrucción ideal.

cimentación (pues no soporta más carga que su propio peso), la subestructura de este punto alcanza la misma profundidad que el resto del edificio por soportar pisos superiores (fig. 22 y 18).

Esta torre de señales implica un sistema de comunicaciones con otras atalayas o fortalezas visualmente conectadas tal vez hasta Córdoba, asunto que habría que indagar aunque de momento apuntamos como escala siguiente el castillo de Alange. Esta fortaleza es visible hoy desde la alcazaba y arrojaría alguna lógica al "rodeo" del ejército de Ordoño II para atacar Alange por sorpresa antes de presentarse en Mérida a comienzos de la décima centuria. Lo refiere Ibn Hayyan: "El enemigo, al que Alá maldiga, entró en la fortaleza, mató a cuantos en ella había (...) la fortaleza fue derruida, la dejaron por tierra y pernoctó el tirano en su solar" (Pérez 1992, 120). Este tema queda pendiente para un futuro trabajo,

donde plantearemos la búsqueda del itinerario de señales y la identificación de los enclaves fortificados.

El otro elemento que condiciona la forma del aljibe es el esquema de bajada a la cisterna, con dos entradas enfrentadas y dos corredores paralelos, que claramente obedece a la necesidad de establecer un circuito de entrada y salida para abastecer a numerosos usuarios en poco tiempo (Valdés 1995, 291). Hasta ahora se ha interpretado como el punto donde se surtían de agua los emeritenses, que debían humillarse pasando bajo las pilastras visigodas reutilizadas en el nuevo edificio símbolo de la dominación cordobesa (Valdés 1986, 565; 1995, 273; 1998, 163; Cressier 2001, 316). Esta hipótesis pone de manifiesto un simbolismo muy interesante que compartimos para la construcción en sí de la Alcazaba, pero la constatación de que numerosos pozos de origen



FIGURA 24
Aguada.

romano fueron utilizados por la población musulmana (Alba 2004, 435), hace difícil sostener que el aljibe fuera utilizado por la población de Mérida. Además, por razones de seguridad elementales en un recinto militar no se permitiría el acceso a la población civil, y menos aún de forma masiva y a diario. Como bien defiende el profesor Valdés, la fortaleza se erige en territorio hostil. Así lo prueba, entre otros datos, las medidas defensivas adoptadas para la puerta interior del Alcazarejo en previsión a un ataque desde la ciudad (Valdés 1996, 466).

Por ello, esta disposición del aljibe en doble corredor debe responder a un uso interno de la Alcazaba y no puede ser otro que abastecer a las tropas que se acantonen allí. Ciertamente el número de hombres de una guarnición normal no necesita de tal estructura (Valdés 1986, 565), por lo que caben dos hipótesis que pueden ser perfectamente complementarias, compartiendo varios de los elementos que describiremos al desarrollarlas:

En la primera, es posible que el aljibe se diseñara para surtir ocasionalmente a los ejércitos cordobeses, debiéndose poner en relación entonces con la experiencia acumulada por Abd al-Rahman II a la hora de sitiar Mérida, pues entendemos que todo el esquema es congruente con la concepción de la Alcazaba como un campamento fortificado dentro de la ciudad; de forma que en caso de rebelión, mediante el control directo del puente y el sistema de señales de la torre del aljibe, permitiera recibir refuerzos rápidamente y acampar buena parte del ejército directamente en el interior de la urbe, con lo que prácticamente la situación estaría controlada. Se explica así la amplitud del recinto: un cuadrado casi perfecto al interior de ciento veintinueve metros de lado que abarca un terreno de dieciséis mil setecientos metros cuadrados, capaz de permitir la acampada a más de dos mil hombres (fig. 23). En otros casos, a su vez, siempre era posible utilizarla como escala en campañas más lejanas dada la situación de Mérida en un cruce viario importante, en la tónica de Talavera que podía ser utilizada tanto contra los reinos cristianos del norte como contra los rebeldes ante Córdoba (Martínez Lillo 1998, 363).

No tenemos ningún dato sobre el método de abastecimiento cotidiano de las tropas andalusíes, pero tratándose como es de un ejército organizado, parece razonable que la soldadesca se ordenase en unidades básicas que compartieran alojamiento, lumbre, etc., y que se siguiera la tradición castrense de que uno de los soldados proveyese de agua a la unidad o que personal designado se dedicase a esta tarea por grupos y para que abrevara la caballería, utilizando normalmente asnos para acarrearla en recipientes mayores como cántaros, odres o toneles (fig. 24). Se explica así la escasa pendiente y altura de los escalones de las dos galerías de bajada a la cisterna, y los de acceso a la torre que están preparados para su uso por caballerías, más concretamente por jumentos por tratarse de un animal de carga más dócil que la mula y menos temeroso que el caballo. Esta hipotética organización en unidades no tuvo por qué existir, aunque es lógica; y tampoco sabemos si estaban constituidas por un número fijo. Pero permite reducir el número de usuarios -si hablamos de alrededor de dos mil hombres- a rondar los doscientos; lo que, aún así, crearía una



FIGURA 25

Grabado de Laborde donde aparece situada la venera, creemos que con un claro significado en el s. IX.

retahíla que justifica plenamente la necesidad de crear un circuito rápido de aprovisionamiento. Habría además que valorar si en el funcionamiento de rutina accedían a beber las cabalgaduras existentes en el recinto (fijas o de paso) o sólo en determinados casos de necesidad, lo cual ya explicaría por sí mismo la forma de los escalones. No obstante, aunque se halle habilitado su acceso para caballerías creemos que es incompatible con el consumo humano el que beberían directamente de la cisterna por lo que sería razonable emplear abrevaderos emplazados en los exteriores.

El agua seguramente se utilizó también para las abluciones de la tropa lo cual no es incompatible con el hecho de que las monturas se aprovisionasen del aljibe pues no existe impedimento religioso, tal como se recoge en un *hadiz* de Jabir donde el Profeta fue pre-

guntado acerca de realizar la ablución con agua donde habían bebido monos. Mahoma respondió: "*Sí, y también con agua donde hayan bebido mulos, bestias de carga o aves rapaces*", pero, como hemos mencionado más arriba, parece claro que el consumo animal no sería directo sino mediante acarreo del agua a los abrevaderos correspondientes. En suma, el aljibe garantizaba un rápido abastecimiento de la tropa, oficios de intendencia (panadero, herrero, etc), cabalgaduras, animales de carga y ganado para el sustento.

La segunda hipótesis implicaría que este gran contingente de tropas (de caballería e infantería), o por lo menos buena parte de él, estuviera acantonado permanentemente en la Alcazaba. En este caso también se nos ofrecen dos variantes que tampoco son incompatibles: una implicaría que la guarnición fuera más numerosa de lo normal al ser Mérida cabeza de *Cora* y, sobre todo, por ser capital de la Marca Inferior. Este punto estaría apoyado por el número de hombres que Ibn Hayyan consigna que llevó el gobernador Abdalmalik b. al-Asi en el año 928 como guarnición: "*mil adalides y otros tantos tangerinos, 500 arqueros y 500 regulares*" (al-Muqtabis V, 184). Esta cifra parece excesiva, como señala Valdés (1986, 591), pero es lo suficientemente precisa y detallada como para mantener una duda razonable sobre si no sería cierta. Además, la lectura de ese párrafo es ambigua, pues puede interpretarse el dato de "*500 arqueros y 500 regulares*" como una aposición explicativa a los mil tangerinos, es decir, un detalle sobre su composición. Por lo tanto, si es así, el número total de soldados a los que se refiere no son tres mil, sino dos mil, cifra aceptable para acampar en el recinto a tenor de la superficie disponible. De todas formas, esta cifra se da un siglo después de la construcción de la Alcazaba con lo que puede haber cambiado, por lo menos en parte, la función original de la fortaleza.

Estamos ante un caso, pues, donde ya no se trataría de una accifa estival que se soluciona con tiendas de campaña provisionales. La permanencia estable de la tropa necesita de estructuras habitacionales que actualmente no conservamos. Sabemos por los visitantes de la Orden de Santiago de 1498 que en la Alcazaba existían construcciones de entidad: "... parece haber antiguamente casa y población lo cual está todo en el



FIGURA 26

La venera se conservaba aún en el interior del recinto de la Alcazaba.

suelo que podría haber cincuenta casas poco más o menos. Toda esta villa vieja es fecha de cantería labrada..." (Garrido 1989, 211) pero por ahora las estructuras documentadas en la excavación son posteriores a la fase emiral. Esperemos que en futuras campañas de excavación podamos comprobar si alguna de las construcciones de "cantería" mencionadas en la fuente pertenece a la etapa fundacional de la fortaleza.

La otra variante, a la luz de los elementos que tenemos -un recinto muy amplio con un monumental aljibe bajo una torre de comunicaciones con una pequeña mezquita y su *mibrab* destacando al exterior-, implicaría la concepción de la Alcazaba como un *ribat*-campamento, pues estamos citando casi textualmente la descripción que ofrece Pavón (1999, 120), con paralelos en la costa norteafricana como Qasr al-Yaquuta o Qars al-Yiham, en Túnez (Martínez Salvador 1994, 64-69). Esta autora describe construcciones iguales especificando que normalmente se denominan *qasr* o *bisn* a estos *ribat* con un marcado carácter militar.

En los *ribats* era norma común situar la mezquita en la segunda planta, seguramente para que fuera bien visible, pues sabemos que se oraba también al exterior, al aire libre, como ha probado Lézine (Pavón 1996, 202). Por ello, el *mibrab* del aljibe sobresale intencionadamente de una forma tan marcada, indicando también de esta manera a la guarnición estable o al ejército acampado, la dirección correcta para orar, algo que creemos resultaría perfectamente legi-



FIGURA 27

Aspecto tras la reintegración.

ble para cualquier musulmán. Además, como sabemos por un grabado de Laborde (fig. 25), para que no hubiera duda se situó al exterior del *mibrab* una venera de mármol, pieza reutilizada de factura romana, claro indicativo de que con ambos elementos se estaba señalando la dirección hacia la que hay que realizar el *salat*.

Entendemos que la dirección sagrada (*qibla*) la señala el *mibrab*; y la acción de venerar, la venera: dos mensajes unidos pero distintos y por eso no se contradicen, como puede inducir a confusión el que habitualmente se encuentre la venera situada al interior las mezquitas (Papadopoulo 1988). Suelen estar sobre el nicho, llevándonos a pensar que también ésta señala la dirección apropiada tomando la parte por el todo, cuando no es así, sino un símbolo complementario y como tal, prescindible, por ello no aparece siempre coronando todos los *mibrab*. Todo depende del lugar desde donde vayan a ser leídos los signos y en nuestro caso se estaría orientando a los soldados que acampaban en el recinto, rodeando al aljibe-atalaya y a su pequeño oratorio, en cuyo espacio interior seguramente tendría otra venera. El reducido espacio de la mezquita hace pensar que el interior fuese fundamentalmente visitado por la guarnición de la torre.

Todo el *mibrab* y con él la venera fue desmontado para preservar las dos pilastras de mármol de época visigoda que sostenían la estructura. Al retirar la

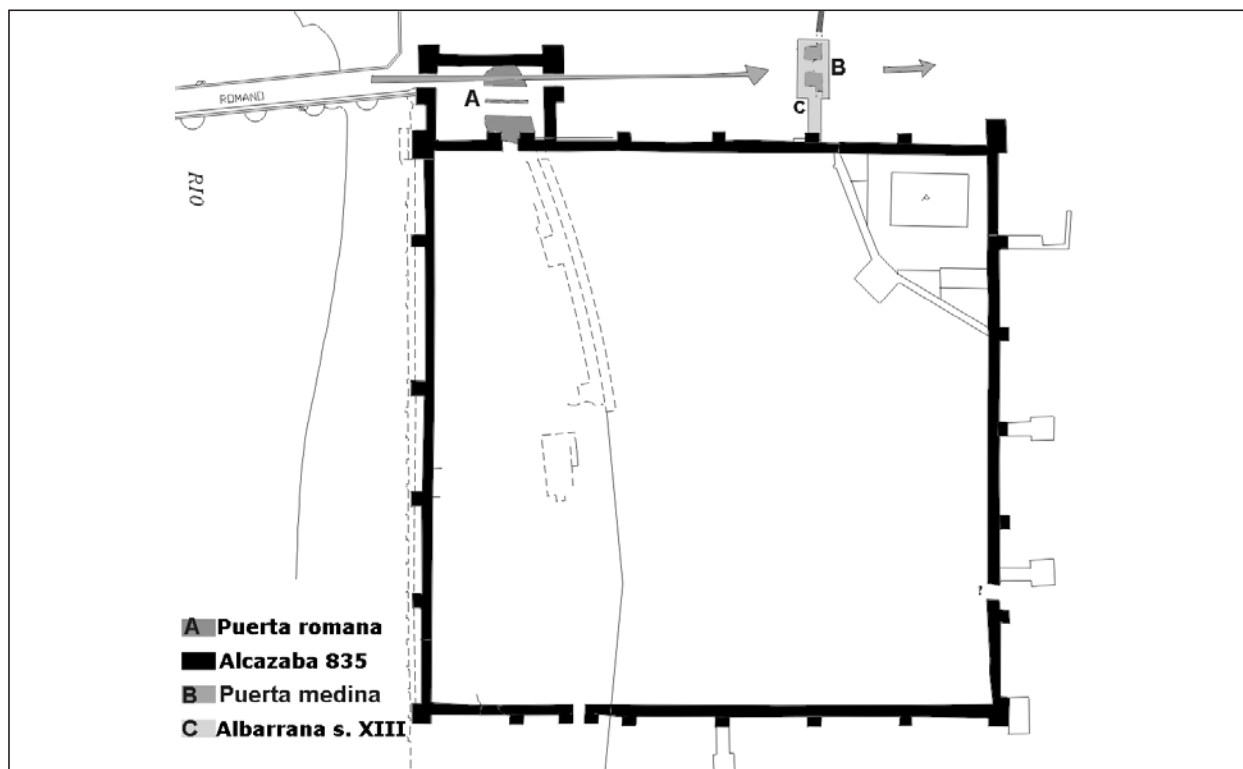


FIGURA 28

Planta de la Alcazaba con las dos puertas atezadas, la romana y la islámica.

venera se ha perdido información muy importante, pero la pieza se conservó en el interior de la Alcazaba (fig. 26) lo que hace fiable el grabado de Laborde que, además, por la exactitud que éste presenta en el resto de grabados sobre Mérida se puede tomar como una fotografía de la época. En éste dibujo, la venera aparece en un lugar muy determinado y vemos muy difícil que esta ubicación pueda ser casual, pues solo tiene sentido asociada al *mibrab* tras el que se encuentra. Dada la importancia simbólica de este elemento, ha sido reintegrado a su lugar (fig. 27); si nos atenemos al dibujo de Laborde, acusa algunos deterioros al igual que las pilastras marmóreas de época visigoda que sostenían el *mibrab*, motivos que a la postre motivaron el desmonte de la cabecera para liberarlas de peso.

Es también normal en los *ribats* la reutilización de piezas romanas y visigodas, como sucede en los peninsulares de Almonaster la Real (Huelva), Almonacid de Toledo y Monastil (Alicante), que siguen la pauta de los tunecinos. En éstos suelen estar

colocadas en lugares emblemáticos, como en la entrada-pórtico del *ribat* de Susa, los capiteles de la entrada en codo de Mahdiya o las basas de Monastir (Pavón 1996, 203). La mezquita de Córdoba cuenta con abundante material marmóreo reutilizado, lo cual es una característica de las obras antiguas de la arquitectura islámica pues posee un componente simbólico (Cressier 2001, 319). En nuestro caso también es representativa la reutilización de piezas en el Aljibe, con pilastras visigodas formando las jambas y algunos dinteles de las puertas, junto con el gran capitel romano de la cisterna, con una fuerte carga simbólica como defiende Valdés (1988, 159-164) y segunda Cressier (2001, 315-6). Respecto a las pilastras, no se ha señalado con anterioridad que han sido robadas dos de las situadas dentro del "vestíbulo", las que enmarcan el vano derecho que da acceso a las galerías de bajada a la cisterna. Ambas han sido sustituidas por sillares calzados con cuñas de madera, pudiendo datar su desmonte -por lo menos en la central- en el siglo XIX, dado que todavía aparecen en el grabado de Villena Moziño (fig. 14).



FIGURA 29

Torre de los Osos del s. XIII en la que se ha idealizado la ubicación posible de la puerta de la medina en su interior.

La simbología planteada por Valdés sobre estas piezas como un elemento plagado de significado hacia la ciudad, es más que probable, aunque en el caso del aljibe estaría más relacionado con el desmonte de los edificios visigodos que con su visión reutilizados, pues como ya hemos expuesto creemos que difícilmente entraría la población dentro de la Alcazaba.

Siguiendo esta línea interpretativa de carga simbólica, se puede estimar como algo más que una demolición necesaria para ganar espacio, la destrucción de la puerta de la muralla romana que da al puente para emplazar el llamado Alcazarejo. De los cuatro accesos monumentales que tuvo la ciudad romana, ésta era (y lo volvió a ser desde el siglo XVII a hoy en día) la puerta símbolo de la ciudad, la que aparece en las monedas fundacionales como la representación de *Emerita*, diferente a la planta de la otra puerta monumental localizada en una excavación llevada a cabo a comienzos de 2002 en la "Puerta de la Villa" (Pedro D. Sánchez, nº int. 2394). La puerta emblemática es

muy posible que en pleno siglo noveno aún tuviera este significado y fue arrasada totalmente. Si bien fue una consecuencia necesaria debida a la construcción de este alcazarejo que cierra la entrada desde la embocadura del puente a la ciudad y protege la Alcazaba al mismo tiempo.

Paradójicamente volvemos a tener un caso análogo tras la conquista cristiana en el siglo XIII, cuando se hace algo muy parecido con la puerta de la muralla islámica de la medina.

En este sentido, se ha documentado en unas excavaciones realizadas en el año 2002, la cerca de la ciudad islámica con una torre y su foso delante (Fig. 15), discurrendo la defensa en paralelo al Guadiana pero setenta metros por detrás de la antigua muralla romana. La cerca llegaba al lienzo norte de la Alcazaba donde ahora se sitúa la monumental albarrana denominada "Torre de los Osos", una torre hipertrofiada que, por las marcas de cantero de su fábrica, puede

datarse en el s. XIII. Ésta posee unas dimensiones formidables, 13,60 m de largo por 7,30 m de ancho, de sillares y un cuerpo macizo de notable altura, que pensamos obedecen a que sustituyó a la puerta de entrada islámica junto con las dos torres que la flanqueaban, forrándola toda por fuera y convirtiéndola en la albarrana que ahora es (fig. 28). En este caso no se habría desmontado como sucedió en el siglo IX con la puerta romana, sino que seguramente asimilaron buena parte de ella con el consiguiente ahorro constructivo. Además, también se ha documentado en dicha excavación cómo la cerca fue demolida y tirados al foso sus materiales, sobre los que se formó un vertedero bien datado en el siglo XIII. Vemos en este proceso, cómo se condena la puerta abrazándola con los muros del nuevo poder, una pauta paralela en cierto modo a la que se habría seguido en el siglo IX (fig. 29), eliminando un símbolo que representa a la ciudad. Hecho que debió consternar a los emeritenses del siglo IX y del XIII, como recordatorio de un orden nuevo.

CONSIDERACIONES FINALES

Se han planteado varias hipótesis de trabajo sobre las que habrá que profundizar y discutir en el futuro, pero creemos que hay varios datos bien fundamentados. El edificio del aljibe tiene un oratorio sobre él datado en el año 835 y se han presentado diversas pruebas que apuntan a que se habilitó en el interior de una gran torre que, entre otros cometidos, fue de señales. Además, la Alcazaba se concibe para recibir a un gran número de tropas y abastecerlas (fig. 18), posiblemente alrededor de dos mil hombres (parte de caballería), aunque queda pendiente la organización interior del recinto.

Defendemos que la Alcazaba se diseñó como un *ribat*-campamento, asegurando un contingente de soldados con fuertes creencias religiosas fieles al emirato, cuyo número debió ser importante. Es posible que se trate del caso más antiguo en la Península y que su sentido variase en el transcurso del tiempo hacia un tipo de fortaleza más estrictamente militar. Pero al menos, durante el siglo IX, se trataría de algo más que una fortaleza convencional "preventiva" que ha de ser valorada en un contexto de *Yihad* o Guerra

Santa. Estos podían ser prontamente reforzados en caso de una nueva rebelión mediante el sistema de señales establecido en la torre del aljibe, sumando un contingente que situado dentro de la Alcazaba y, por tanto, en el mismo interior de la ciudad, debía ser decisivo. Además, sería punto de partida de algaradas y escala del ejército cordobés.

Por lo menos, y no es poco, se aseguró la sumisión de Mérida más de treinta años hasta la fatídica rebelión de la ciudad del año 868, que permite hacer una idea del malestar creciente que impulsó a la sedición y a la osadía que requirió hacerse con el control de la Alcazaba. Pocos años después, derivaciones de una crisis irresuelta, Ibn Marwan y sus seguidores volverán a cuestionar la efectividad de este enclave militar.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBA, M. 2001: Mérida, entre la Tardoantigüedad y el Islam: datos documentados en el Área Arqueológica de Moreña, *Cuadernos Emeritenses*, 17, 265-308.
- ALBA, M. y FEIJOO, S. 2001: Cerámica emiral de Mérida, *Garb, sitios islámicos del sur peninsular*, Lisboa, 328- 375.
- ALBA, M. y FEIJOO, S. 2003: Pautas evolutivas de la cerámica común de Mérida en épocas visigoda y emiral, *Cerámicas Tardorromanas y Altomedievales en la Península Ibérica. Ruptura y continuidad, Anejos de AEspA*, XXVIII, 483-504.
- ALBA, M. 2003: Apuntes sobre la cerámica de época tardoantigua (visigoda) y altomedieval (emiral) en Extremadura a partir del registro arqueológico emeritense, *Repertorio de arquitectura cristiana en Extremadura: Épocas tardoantigua y altomedieval, Anejos de AEspA*, XXIX, 293-332.
- ALBA, M. 2004: Apuntes sobre el urbanismo y la vivienda de la ciudad islámica de Mérida, *Mérida excav. arqueol.* 2001, 7, 417-436.
- ARBAIZA BLANCO-SOLER, S. y HERAS CASAS, C. 1998: Fernando Rodríguez y su estudio arqueológico de las ruinas romanas de Mérida y sus alrededores (1794-1797), *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 87, 309-366.
- BARCELÓ, C. 2004: Las inscripciones omeyas de la Alcazaba de Mérida, *Arqueología y Territorio Medieval*, 11-1, 59-78.

- BARREIROS, G. 1952: Corografía de algunos lugares, *Viajes de extranjeros por España y Portugal, Tomo I, Desde los tiempos más remotos hasta finales del siglo XVI*. Madrid.
- CANTO Y DE GREGORIO, A. M^a. 2001: *Mérida y la arqueología ilustrada. Las láminas de Don Manuel de Villena (1791-1794)*. Madrid.
- CRESSIER, P. 2001: El acarreo de obras antiguas en la arquitectura islámica de primera época, *Cuadernos Emeritenses*, 17, 309-334.
- FEIJOO MARTÍNEZ, S. 2001: El aljibe de la Alcazaba de Mérida. 1^a campaña de intervención arqueológica en la zona Norte y Oeste del aljibe, *Mérida excav. arqueol.* 1999, 5, 191-211.
- FEIJOO MARTÍNEZ, S. 2004: Las presas y los acueductos de agua potable, una asociación incompatible en la Antigüedad: el abastecimiento en *Augusta Emerita, Augusta Emerita: territorios, espacios, imágenes y gentes en Lusitania romana, Monografías Emeritenses*, 8, 171-205.
- GARRIDO SANTIAGO, M. 1989: *Arquitectura militar de la Orden de Santiago en Extremadura*. Mérida.
- GARRIDO SANTIAGO, M. 1989: *Documentos de la Orden de Santiago sobre castillos extremeños*. Cáceres.
- HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, F. 1979: The Alcazaba of Mérida, *Early Muslim Architecture*, II. New York.
- IBN HAYYAN, 2001: *Crónica de los emires Albakam I y Abdarrahman II entre los años 796 y 847 [Almuqtabis II-I]*. Zaragoza.
- IBN HAYYAN, 1981: *Crónica del califa Abderrahman III an-Nasir entre los años 912 y 942 (al-Muqtabis V)*. Zaragoza.
- LEZA CRUZ, J. 1999: El aljibe de la Alcazaba de Mérida. Bases de un proyecto de restauración, *Mérida. Ciudad y Patrimonio*, 3, 177-204.
- MACÍAS, M. 1929: *Mérida monumental y artística (bosquejo para su estudio)*. Barcelona.
- MARÍN, M. 2004: La práctica del *ribat* en al-Andalus, *El ribat califal*, Madrid, 191-201.
- MARTÍNEZ LILLO, S. 1998: *Arquitectura militar andalusí en la Marca Media. El caso de Talabira*. Talavera de la Reina.
- MARTÍNEZ SALVADOR, C. 1994: *El ribat en el Mediterráneo Occidental: Ifriqiya y al-Andalus, dos ejemplos de religiosidad (siglos IX-XI d. C.)*. Tesis Doctoral, Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, 2 tomos.
- MORENO DE VARGAS, B. 1633: *Historia de la ciudad de Mérida*. Mérida (8^a reed. 1992).
- PAPADOPOULOU, A. 1988: *Le mibrab dans l'architecture et la religion musulmanes*. Leiden.
- PAVÓN MALDONADO, B. 1996: *España y Túnez: Arte y arqueología islámica*. Madrid.
- PAVÓN MALDONADO, B. 1999: *Tratado de arquitectura hispano-musulmana I. Agua*. Madrid.
- PAVÓN MALDONADO, B. 1999: *Tratado de arquitectura hispano-musulmana II. Ciudades y fortalezas*. Madrid.
- PÉREZ ÁLVAREZ, M^a. Á. 1992: *Fuentes árabes de Extremadura*. Cáceres.
- SERRA Y RAFOLS J. C. 1946: La Alcazaba de Mérida, *AEspA*, 65, 334-345.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F. 1986: Arqueología islámica en la Baja Extremadura, *Historia de la Baja Extremadura*, Tomo I, Badajoz, 557-599.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F. 1995: El aljibe de la Alcazaba de Mérida y la política omeya en el Occidente de al-Andalus, *Extremadura Arqueológica*, V, 279-299.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F. 1998: El urbanismo islámico de la Extremadura leonesa: cuatro pautas de desarrollo, *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental*, Madrid, 159-183.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F. 2001: Acerca de la islamización de Extremadura, *Cuadernos Emeritenses*, 17, 335-368.